El Ajolote

Tomo II - Número 41 - 4 de noviembre de 2026. Publicación quincenal - Libres, Justos y Dignos

La moral como cadenas, la ética como martillo

Por: Raúl del Río Jordán de Galilea.

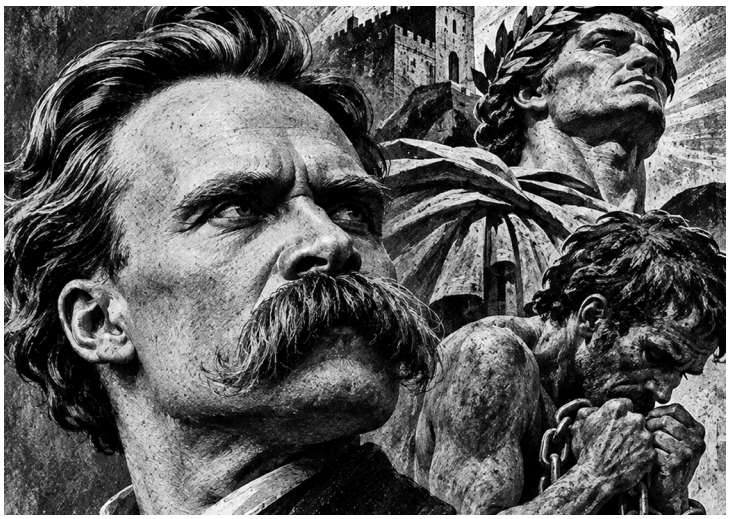
Hay una diferencia que el lenguaje cotidiano suele borrar, pero que la filosofía y la historia de las luchas sociales revelan con nitidez: la moral se impone; la ética cuestiona. La moral llega como ley ya escrita, como costumbre acrisolada, como "eso es lo que se hace" o "eso es lo que Dios manda", y exige obediencia antes que comprensión. La ética, en cambio, es el acto de cuestionarla.

Friedrich Nietzsche, el filósofo del martillo, es quizás el pensador que con mayor violencia analítica denunció la moral como fósforo de un fuego ajeno. Su lectura, aunque producida en el siglo XIX y desde una sensibilidad -según muchos- nada socialista, resulta sorprendentemente útil para comprender este conflicto.

Nietzsche, en su libro ***La Genealogía de la moral***, nos ofrece una herramienta devastadora para comprender cómo los valores morales nacen de relaciones de fuerza, de luchas por el poder y de la necesidad de los vencidos por dar sentido a su derrota: ***la genealogía***.

En ***Más allá del bien y del mal*** (1886) y ***La genealogía de la moral*** (1887), Nietzsche propone algo escandaloso para su época: que la moral no cae del cielo ni emana de una razón universal, sino que es un producto histórico, elaborado por voluntades concretas en luchas concretas. La distinción entre "bueno" y "malo" no nació, sostiene, de una intuición pura, sino de la auto admiración de los aristócratas guerreros. Distingue dos tipos fundamentales de moral: la moral de señores o amos, que surge de la clase dominante que se siente a sí misma como determinadora de los valores, y la moral de los siervos o esclavos, que nace de los oprimidos; quienes, al no poder reaccionar con acción, se desquitan con una venganza imaginaria.

El filósofo sostuvo que fueron los nobles y poderosos quienes, gozando de una posición elevada, se consideraron arbitrariamente como "buenos", extendiendo esta valoración a las condiciones de carácter propias de su rango. En la moral de señores, el "bueno" es sinónimo de noble, fuerte, dominador. Es una moral de afirmación, de exceso de poder, de la felicidad que quiere desbordarse y repartirse; el "malo" no es más que lo común, lo bajo, lo plebeyo, que, basado en el resentimiento, invierte los valores para catalogar la fuerza



como "malvada" y la pasividad como "buena".

Como veremos, la historia no termina ahí. Con los oprimidos comienza algo radicalmente distinto, que podríamos llamar: la rebelión moral de los esclavos. Cuando el resentimiento se vuelve creador de valores y los débiles no pueden vencer al fuerte en el campo de la acción lo hacen en el campo de la imaginación moral. Invierten la ecuación: lo que el señor llama "bueno" (fuerza, orgullo, poder) pasa a ser "malvado" y lo que el esclavo posee por necesidad (humildad, paciencia, obediencia) se convierte en "virtud". La impotencia se transforma en "bondad de corazón", la bajeza en "humildad", la cobardía en "paciencia", la vileza en "obediencia exigida por Dios".

Pero no malinterpretemos ¡eh!, aquí Nietzsche nos entrega una llave maestra: toda moral es moral de clase (aunque no lo exprese taxativamente). La moral dominante en Occidente no es la del guerrero aristocrático, sino la del sacerdote que canaliza el resentimiento de las masas. El sacerdote asceta no combate la causa del sufrimiento, sino que administra el sentido del dolor, la culpa y la mala conciencia. En este contexto debe entenderse la moral burguesa como una moral de esclavos hecha dominante y aquí hay una paradoja que Nietzsche ayuda a desentrañar. La moral que hoy impera -la moral cristiano burguesa- no es la del conquistador que impone su fuerza abiertamente, es algo más insidioso: es la moral de esclavos que ha triunfado.

La moral de esclavos, en su esencia, es una moral de la utilidad: lo "bueno" es aquello que alivia la existencia de quienes sufren, lo que hace más llevadera la presión de la existencia.

Y esta utilidad es precisamente lo que la clase dominante necesita: obreros dóciles, consumidores resignados, ciudadanos que acepten su lugar en la cadena de producción sin preguntar quién se queda con el plusvalor. La burguesía no necesita que el obrero la admire como a un dios guerrero; le basta con que la tolere como un mal inevitable, con que confunda su explotación con "destino" o con "prueba de fe".

Nietzsche lo vio con claridad: la debilidad debe ser mentirosamente transformada en mérito. El no poder se llama "no querer". La incapacidad para vengarse se llama "perdón". Esta falsificación del lenguaje es el taller donde se fabrican los ideales que apestan a mentiras.

En el contexto del capitalismo, la burguesía ha instrumentado una variante sofocante de esta moral. Ha elevado a la categoría de "virtudes universales" conceptos como la resignación, la obediencia, la disciplina ciega al trabajo alienado y el culto a la propiedad. La moral dominante le enseña al obrero a ser un "buen trabajador": paciente, abnegado y temeroso del conflicto. La "moral impuesta" aquí no necesita ya sacerdotes ni monarcas absolutos; lo que el cristianismo prometía en el cielo, la burguesía lo reparte en salario y crédito. Basta con la escuela, la universidad, los medios de comunicación, las redes sociales y la cuenta bancaria. La disciplina es interiorizada hasta volverse "carácter". Es una moral que adormece la capacidad de acción y transforma la explotación en un deber moral aceptado pacíficamente. En otras palabras, la alienación moral y la interiorización de la cadena.

Nietzsche, en el Segundo Tratado de la Genealogía, describió magistralmente que la crueldad reprimida e internalizada del animal-hombre aprisionado hace surgir la conciencia de culpa para herirse a sí mismo cuando ve bloqueada la descarga natural de sus instintos. El instinto de libertad, reprimido por los señores, se ve obligado a descargarse sobre sí mismo. La culpa, el deber, la mala conciencia, todo nace de la imposibilidad de la revuelta, de la interiorización forzada de la agresión.

Aquí debemos ser cuidadosos con algunos seguidores de Nietzsche (que los hay de todo tipo, ¡eh!). Para ellos, la moral de esclavos era enfermiza, reactiva y nihilista. Y en efecto, hay una moral de la resignación que merece todo el desprecio de Nietzsche, la que aconseja paciencia ante la injusticia, la que promete un cielo como compensación del infierno terrenal, la que convierte la miseria en signo de elección divina. Pero la ética proletaria no es esa moral de esclavos, más allá del resentimiento, es algo distinto, es la afirmación activa de la vida del trabajador, la negación de la negación, la voluntad de poder del oprimido que deja de volverse contra sí mismo para volverse contra su opresor.

Nietzsche soñó con una transvaloración de todos los valores, con un hombre que superara la moral del rebaño para afirmar su voluntad de poder. No me atrevería a decir que fue un error el confundir la liberación con el aristocratismo



individual, con el superhombre aislado que desprecia a la multitud, yo se lo atribuyo a su sarcasmo, ya que la verdadera transvaloración no puede ser obra de un solo espíritu fuerte, sino de una clase que, al liberarse, libera a toda la humanidad.

La transvaloración proletaria no consiste en que los obreros se conviertan en nuevos señores, en que la humildad se transforme en arrogancia y la paciencia en crueldad. Consiste en abolir las condiciones que hacen necesarias esas categorías: abolir la explotación, abolir las clases, abolir la moral como instrumento de dominación. Cuando el obrero deja de aceptar que su debilidad es virtud, cuando deja de pedir permiso para existir, cuando afirma que su trabajo es el que sostiene al mundo -no la propiedad, no el capital, no el "mérito" del rentista-, está realizando la transvaloración más radical que la historia haya conocido.

En palabras que -según algunos- Nietzsche habría rechazado; pero que su método me autoriza a parafrasear: ***La liberación del proletariado es la liberación de la vida misma de sus ataduras ascéticas, de su culpa, de su resignación, de su mala conciencia. Es, finalmente, el triunfo de un sí a la vida; pero no la vida del señor en su torre, sino la vida del pueblo en su inagotable potencia creadora.***

Comparte • Imprime • Distribuye

Coordinador Editorial
José Jonatan Romero Parra
Junta Editorial
Armando Cardoza Aguilar
Ana Isabel Mendoza Hernández
Luis Mauricio Rojas Martínez

Periódico de análisis político y divulgación revolucionaria de distribución gratuita.

libresjustosydignos.mx